



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1845
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- CARLOS MIRANDA
Cháchara.
- DIEGO SAN JOSE
La dama boba.
- RAMON ASENSIO MAS
El sacrificio de Isaac.
- GABINO PERAITA
Historia breve.
- CESAR JALON Y ARAGON
Vientos rojos.
- GERMAN G. DE LA MATA
Cuando se pone el sol...
- ELADIO CEPILLO
Ante la fiera.
- TOVAR, RIDORIN, GALVAN
y AFRODITA
- Varios dibujos y retratos de
Carmen del Villar y César Jalón

CARAS BONITAS

CARMEN DEL VILLAR

Hermosa cancionista. En esta casa la queremos, sintiendo que en eso del Villar no nos toque por carambola.



5 céntimos



No se quejarán las madrileñas. Ya lo tienen todo abierto de par en par. Funciona el Retiro nocturno, con sus insustituibles «varietés» y su no menos insustituible banda municipal; funciona la Ciudad Lineal, con una de pantorrillas coreográficas, que descacharra; funciona el Magic Park, con una compañía del género más chico que puede imaginarse. Todo está en pleno funcionamiento para que la gente no se aburra y se dedique a los placeres públicos y no caiga en la tentación de esa otra clase de placeres que

llaman solitarios, y que tan tristes consecuencias traen, entre otros la solitaria, que es una consecuencia como otra cualquiera. ¡Y aun hay quien abomina del verano! Diversiones, animación, vida, mosquitos, leche amerengada, señoras con poca ropa, señores con poca vergüenza. ¡El desiderátum!

El verano es un gran protector del género humano y un gran enemigo del género de punto. Las camisetas, los cubrecorsés y otros artículos de tejido compacto son incompatibles con la estación. Quien más, quien menos, todos nos contentamos con cosas muy ligeritas, desde la ropa hasta la alimentación. Con una blusita transparente, una faldita completamente diáfana y unas medias mucho más transparentes que la blusa, ya está una mujer arreglada; y con un tomate en raja, con un polvito de sal, ya tienen ustedes a un hombre satisfecho, por muy ansioso que sea. Los hay que necesitan tres ó cuatro tomates, pero son casos excepcionales.

La mayoría de la gente huye de Madrid en verano, pero lo hace por rutina y por vanidad. Madrid, en esta época del año, es, sencillamente, delicioso, sabiendo, naturalmente, hacer un buen programa de distribución de la vida.

Así, por ejemplo: Se está usted tranquilamente en la cama, hasta las cinco de la tarde, hora en que el sol ya no fastidia. La cama es el invento más grande de los siglos. Sirve para dormir, para gozar y para morir; se piensa en ella cuando se tiene cansancio, cuando se está enfermo y cuando se ve a una mujer bonita, etc. etc.

Bueno; pues se levanta usted a las cinco, hace sus operaciones de aseo personal, y previa una alimentación, más ó menos sólida, se lanza a la calle y toma un tranvía, bien para la Bombilla, bien para el Hipódromo, ó ya para la Moncloa, y casi siempre da la casualidad que procura caer al lado de una buena moza. Con esto de la poca ropa, en seguida se da uno cuenta de las proporciones internas de la compañera.

HACIENDO EL MENU



El mozo.—Entendido: para las señoras tortillas, ¿y usted?

El señor inapetente.—Yo tendré que conformarme con una ración de vista.

LOS HOMBRES TÉTICOS



—A vosotras la vida os sonríe. Las mujeres lo encontráis todo fácil y todo derecho. Pero nosotros los hombres...

—Pues cástate con una mujer inteligente, chico, para que cambie tu suerte. Quizá tu esposa logre enderezarla...

de viaje, y si falta algún detalle, nunca falta un ligero vaivén en el vehículo, que da lugar a un «usted perdone; creí que me rascaba en la mía» y de ahí el comienzo del diálogo que, a veces, continúa en el más próximo restorán, con ó sin manubrio, y acaba quién sabe dónde.

Por la noche, si le gusta á usted la luz, se puede ir al Retiro, y allí maniobrar por su cuenta, y si prefiere la obscuridad, á las sillas de Recoletos, donde la maniobra es por cuenta ajena. Quien dice Recoletos, dice también Rosales, y si apetece más negrura todavía, dirijase á uno de los infinitos cines al aire libre, que este año se han instalado en solares y cervecerías al aire libre. Allí, por veinte ó treinta céntimos, tiene usted un vaso de limón helado y su paja correspondiente. No puede ser más económico.

Y aun le queda á uno otra distracción de madrugada: la clásica Bombilla, que á esa hora está que tumba de espaldas de animada. A los cinco minutos de haber penetrado en uno de los numerosos esta-

blecimientos de comer, beber y arder, más arder que de lo otro, tiene usted que la ama ciegamente y está en disposición de demostrárselo prácticamente, por toda clase de procedimientos que exija, con el fin de comprobar su certeza. Y allá, cuando los traperos de Tetuán, de Carabanchel y de Canillas, invaden las calles de Madrid para aduñarse de los detritus de la urbe, abandonados en medio de la calle por la generosa mano de las domésticas, cuando los barrenderos comienzan á levantar nubes de polvo infecto, y los soñolientos horteras abren las puertas de sus tiendas, vuelve usted á su cama, que le aguarda tan fresquita, para que tienda sobre su blando seno el ya rendido cuerpo, y á dormir á pierna suelta.

Creo que con este sencillísimo plan, no hace falta ir á coger pulgas á San Sebastián, ni chinches á Santander, ni mosquitos en Gijón, ni resignarse á que le desuellen á uno los fondistas, exponerse á que le despanzurren los ferroviarios, y tener la seguridad de que le dejen sin blanca las

CHACHARA

«En ciertos pueblos de Oceanía, sobre todo de Australia, el yerno y la suegra no deben mirarse, ni hablar, ni acercarse. Las relaciones sólo se establecen algo cuando la esposa da á luz.»
(De un periódico.)



—¡Ay, duque! Usted chochea.
—¡Qué más quisiera yo, marquess!

múltiples chirlatas con honores de casinos.

Quedamos, pues, en que en Madrid se está tan ricamente en verano.

Lo más que puede ocurrir es que se sienta la nostalgia de bañarse, y en ese caso, ó se toma un baño de sol, que ahora está muy en moda, recetados por las eminencias médicas, ó se mete en la tinaja.

Y con una fotografía de Biarritz en una mano, y en la otra la fotografía de una suculenta «demimondaine» al desnudo, se queda usted «talmente» como un reloj extraplano.

Y si por una casualidad le parece excesivo lo del desnudo, cubre usted á la «demimondaine», y santas Pascuas. Todo tiene arreglo en este mundo.

Un pequeño REPORTER

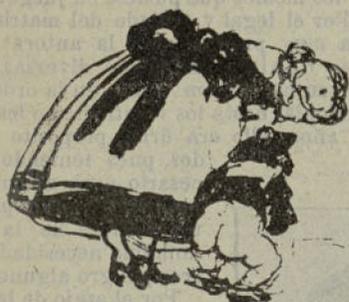
Biblioteca Regional de Madrid

Esos odios «oceánicos» contra sus mamás políticas que sienten allí los cónyuges del sexo fuerte, es un síntoma de que son tan antipáticas aquí como en los antipodas esas mujeres despóticas que hacen á los yernos víctimas de sus rigores de autócratas, de sus implacables críticas, de sus perpétuos vejámenes y de sus «broncas» continuas. Por algo, acordes y unisonos, los vates de almas satíricas —en todos lugares y épocas— contra las mamás políticas, ya en interesantes cánticos ya en cantatas soporíferas, han empleado sus péñolas; porque esas mujeres híbridas,

VELANDO POR LA LEY



El policía urbano.—¡Eh, caballero, tiene usted que bajarse por delante!



El soldado.—Vaya un modo de ganarcis la vida las amas secas.

Ella.—Por algo se empieza para hacer alguna carrera en Madrid.

que son hembras por un cúmulo de exterioridades físicas y machos en lo más íntimo de sus funciones anímicas, son siempre unos energúmenos con apariencias femineas y un interior terrorífico de bestias apocalípticas.

Por todo lo cual las huérfanas tienen ventajas grandísimas

—bien fueren doncellas púdicas, bien furcials sicalípticas,

bien inmaculadas vírgenes,

bien cotorronas ridículas—

sobre sus otras congéneres;

porque, sin mamás políticas,

los que aspiren á ser cónyuges

de esas afortunadísimas

muchachas ten-trán más ímpetus

en sus horas genesiáticas,

porque—libres de esos vineulos

de la suegra áspera y rígida—

tendrán en el nupcial tálamo

con su mujer amantísima

válvulas para el estímulo

del amor, sin miedo á críticas

de esos espantajos horridos,

añeñas y características

que, con sus feas carátulas,

estorban la función física

que es prólogo de la génesis

en horas paradisiacas...

Carlos MIRANDA



Lea usted mañana

SATIRICON

que viene estupendo

Precio: DIEZ céntimos

La dama boba

Una corquista)

I

Valía un imperio la niña, porque era una real moza, y sin ser remilgada ni zahareña, su carácter un poquito serio, no daba lugar á muchos galanes.

Cierto que habíalos como moscones,



—Cochinito mío... tú eres mi ilusión, mi vida... Con qué placer presento á todos mi protector...

pues Lolita era un panal de miel, pero no siendo muy bien acogidos desde el punto y hora en que se presentaban, presto levantaban el vuelo.

Yo conocí á esta nena del modo más triste que puede imaginarse un don Juan de profesión.

La conocí en una visita de pésame.

Cierto amigo mío, muy entrañable, tuvo la buena suerte de perder á su mamá política, que era una especie de Lacierva, mal afeitado y con faldas á cuadros.

Durante ocho días y por complacer á la señora de mi amigo más que á la memoria de la muerta, acudíamos hasta media docena de personas con el piadoso y equívoco fin de rezar el santo rosario... Entre las devotas iba Lolita, con su mamá.

Mi amigo, que advirtió como la muchacha no me había producido mal efecto, ni muchísimo menos, me advirtió que era pieza difícil de conseguir, por cualquiera de los medios que pudiese en juego.

Por el legal y trillado del matrimonio, era muy pronto; pues la autora de sus días había manifestado diversas veces que su hija no empujaría en el orden matrimonial hasta los veinticinco ó los treinta años, ello era firme propósito de los dos, pues teniendo lo necesario para afrontar las prosaicas, pero precisas necesidades de la vida, no había necesidad de correr peligro alguno.

Por el atajo de la pretina y carretera de los niños sin pasaporte de Nuestra Santa Madre la Iglesia, punto menos que imposible, pues con la honestidad y virtud que sobran á Lolita los días de buen humor, pudieran presumir el día del Corpus las *Once mil vírgenes*.

Y la muchacha me gustaba más que el Quijote... El telégrafo de las miradas funcionó el primer día, mientras que de las gordezuelas manos de un clérigo rechoncho y colorado caían en honor de la venerable muerta Avemarías y misterios.

Mientras que bajábamos la escalera luego de cumplida nuestra piadosa misión, que allá en el cielo pienso que sabríanoslo agradecer, algo la dije, que ella escuchó ruborosa y con los ojos bajos.

—Los hombres son malos, muy malos, y no puede una fiarse tanto así de ustedes — me respondió quedamente —; en fin, mañana voy á las Calatravas á misa de ocho, si usted no es como los demás, puede... en fin... no sé.

Y me despedí hasta la hora y punto citado.

Esto de madrugar y la devoción, son cosas que me sientan peor que un sombreo hongo, pero, qué se ha de hacer...

Lolita bien vale una misa, aunque sea de tres curas.

ÉGLOGA



Rubén

El pastor.—Ya lo sabes, rics, los rebafios de ovejas son de papá y los de cabras de mamá.
La niña.—Sí, pero me ha dicho mamá que todos los cabritos de ella son míos.

II

Grande sorpresa produjo en mi casa la novedad de que yo saliese de mi aposento antes de que en la vecina parrquia de San Sebastián sonasen las doce graves campanadas con que de ordinario y desde tiempo inmemorial se anuncia el medio del día.

Eran las siete y media de una mañana de Abril, no muy confortable ni primavera.

Devotamente oí misa en las Calatravas.

Allí estaba el ángel de mi redención.

Más de diez años hacía que no pisaba yo una iglesia, pues no me gusta profanar las cosas santas.

Mi damita, estaba satisfecha de mí, pen-

saba, sin duda, que yo era hombre devoto y formal.

Salimos muy despacio internándonos por calles excéntricas y solitarias, yo hablábala más sumisa que apasionadamente del fuego que en mí habían conseguido encender su belleza extremada como la fama de su alta virtud.

—Son prendas que me ha dado Dios, respondiame, bobalicónamente, y así por ser donativo de El me agrada que á usted las alabe.

Yo no sabía cómo llegar al capítulo franco de la declaración, y estaba que ardía, porque puede que aquella persona estuviese hecha con huesos de santo, cabello de ángel y melindres de monja, pero transcendía á hembra, que era un vértigo.

—Vaya, no hay otro medio — me dije viendo que siempre se me apeaba por la parte mojigata — con esta niña se impone la canallada libre, y fui engañándola á cierto escondido vertedero del amor vedado de que yo tenía noticias.

Así que llegamos al zaguán, le dije:

—Mira, Lolita — ya habíame permitido tutearla y ello lo tuve por muy grande ascendiente — entremos aquí, que es casa de cierta señora muy servicial y recatada, donde podremos hablar solos y sin la molestia de testigos callejeros que pueden conocerte y tomar á mal que hables con un hombre.

—¿Sólo para hablar?— me dijo.

—¿Pues para qué más pretendes que sea?— respondíle.

—Bien, pues que ya me voy aficionando á ti.

Puse la mano en el timbre de la cancela, y antes de que oprimiera el botón, advirtiíme la tal con muy santa simpleza.

—Empuja, no lames, que está descompuesto...

Diego SAN JOSÉ

El sacrificio de Isaac

Cuando el pobre González se convenció de que su mujer no le quería, sintió que su alma entera se desgarraba y vió con espanto tambalearse, venir á tierra y deshacerse en diez minutos todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, todos aquellos sueños de amor y de felicidad...

No quiso dar al mundo el espectáculo de su desgracia y bajo pretexto de un trabajo urgente, se encerró en su despacho, dando órdenes terminantes para que nadie le interrumpiera. Necesitaba estar

solo y llorar, llorar mucho hasta que se desahogase su pecho oprimido... Después, cuando pasasen aquellas horas de angustia, sobrevendría la calma, y entonces



Ella.—Estaba pensando en usted todo el día

El.—Imposible; esta es la primera vez que usted me ve.

Ella.—No importe; una gitana me dijo esta tarde que un caballero muy gal

pensaría lo que había de hacer, fríamente, sin violencias ni arrebatos, calculándolo todo como si se tratase de asunto ajeno.

¡Y el pobre Isaac González, en medio de



—¿Está el señor?

—Ahora mismo acaba de levantarse; pase usted.

González entró. En su rostro, más pálido que nunca, el dolor y el cansancio habían dejado señales imborrables; estaba más ajado, más envejecido.

La misma doncella que abrió la puerta volvió á presentarse momentos después, y levantando un pesado cortinón indicó á González, con amable sonrisa, que podía pasar al despacho; un despacho muy grande, amueblado con artística delicadeza y en el centro del cual, Pepe Aguirre, en pie, erguido con cierta presunción de buen mozo, esperaba la anunciada visita.

Saludáronse amablemente, tomaron asiento, y González, tras una breve pausa, habló con voz segura:

—Comprendo que le extrañará á usted mi visita. Dedicade desde mi juventud á la Bolsa y á los negocios, jamás he tenido tiempo de visitar á nadie, y, únicamente, en casos graves, como éste, me decido...

Enmudeció. Le costaba trabajo seguir y tenía que violentarse de un modo horrible para no perder la calma ante la frialdad aparente de Pepe Aguirre que le escuchaba con aire burlón.

—¿De asuntos graves? —dijo por fin—. Ahora es cuando más me extraña su visita, amigo González. Pero en fin, sea lo que sea, dígamelo usted. ¡Ya sabe que entre nosotros!...

—Vengo á hablarla á usted de mi esposa, de Amparo.

Pepe Aguirre no pudo reprimir un movimiento de extrañeza. ¿Qué significaba aquélló? Pero González, sin darle tiempo á reflexionar, siguió hablando cada vez más tranquilo:

—Amigo mío —dijo—, circunstancias hay en la vida en las cuales se ve uno obligado á tomar las resoluciones más extrañas. Aquí tiene usted, sin ir más lejos, á un marido que viene á suplicar al amante de su mujer.

—¡Caballero!

o muy galante me sacaría de un apuro prestándome quinientas pesetas

su dolor, aun sonreía con la esperanza de que pasadas algunas horas volvería la tranquilidad á su pecho, renacería la calma en su espíritu!

REFLEXIONES DE UN SERENO



—¡Qué vida perra, pesarse la noche entera con el chuzo en la mano, para luego acostarse sin más compañía que el chuzo!

—No, no se exalte usted. Si algún papel ridículo hay en esta comedia me corresponde a mí. ¡Y ya ve usted que lo acepto!

Callaron. Jamás en su larga serie de aventuras amorosas se había encontrado Pepe Aguirre en situación semejante, y a un mismo tiempo deseaba y temía que hablase aquel hombre cuya palidez contrastaba con la tranquilidad fría de sus palabras y de sus modales.

—Usted conoce también como yo —dijo González, reanudando la conversación interrumpida— el modo de ser y el carácter de mi esposa. Educada en el respeto y la obediencia a sus padres, sometida a ese régimen de educación intransigente y severo que las corrientes modernas han ido desterrando poco a poco, vió transcurrir los primeros años de su juventud, tranquila y feliz en medio de su aislamiento social. Murió su anciano padre, á quien negocios y desventuras habían reducido á bien triste situación pecuniaria y yo, que adoraba á la niña, cometí la infamia más grande, el crimen más imperdonable de mi existencia, la pedí en matrimonio...

—No creo que sea ningún crimen...
—Sé lo que digo, y siento no estar de acuerdo con usted. Pero en fin, al caso. Con indecible regocijo recibió la madre de Amparo mi proposición. La pobre señora creyó en esto ver asegurada su vejez y el bienestar y la felicidad de su hija, se hicieron todos los preparativos y poco después llevé al altar á la niña inocente, como se lleva á la víctima al sacrificio. Tenta ella entonces veinte años y yo cuarenta y cuatro.

Levantóse. Extendió el brazo para dar más solemnidad á sus palabras, y dijo lentamente, con voz sombría:

—Cinco años van transcurridos desde entonces. La adoro con locura, más que el primer día, pero la veo constantemente aceptar mis caricias sin entusiasmo, con la resignación del mártir. Sé que la he salvado de la miseria, ¡pero, á qué costa! privándola de lo más hermoso, de lo más grande, de lo más santo, privándola del amor, de lo único que alegra la vida. Soy un egoísta y un infame. Veo constante-



Melecio, busca un rincón egreste, para hacernos la ilusión de que nos vigila el guarda...

¡QUE BRUTO!



— ¡Te voy á arrancar el broche de un mordisco!

mente sus ojos enrojecidos por el llanto, sus mejillas empalidecidas por el sufrimiento... y del fondo de mi conciencia se levanta una voz que me dice: *Tú la hiciste desgraciada, tú la robaste la felicidad, las horas de amor á que todos tepemos derecho. ¡Restitúyesele!* Y á eso he venido aquí.

Y como en aquel momento Pepe Aguirre no supiese qué contestar, González se acercó diciéndole en voz baja:

— Usted y ella se amaban antes de mi matrimonio. Durante cinco años ha viajado usted por distintos países... para olvidarla, según me h'n dicho. No ha debido usted conseguir su objeto cuando la escribe usted cartas pidiéndola citas.

— ¿Yo?

— Es inútil negarlo. Tengo aquí las pruebas. Sé que mi esposa resistirá hasta el último extremo: pero al fin cederá, ¡cómo no ha de ceder si usted es para ella la felicidad misma!... Se arrojará en sus brazos, Aguirre, se arrojará en sus brazos, como se arroja el sediento sobre el manantial de agua fresca y cristalina que encuentra en su camino, y yo me sacrificaré gustoso; y mientras la sociedad estúpida me señala con el dedo diciendo maliciosamente: *uno más*, yo experimentaré

la extraña satisfacción de haber devuelto á una mujer lo que la robé, lo más grande, lo más santo, lo más hermoso, el amor ¡el amor infinito que alegra la vida!

— ¿De modo que usted?... — balbuceó Aguirre conmovido.

— Yo acepto mi papel, me sacrifico. Tengo el deber de sacrificarme. Pero le advierto á usted que velaré por ella, y si algún día usted la abandonase y la hiciese desgraciada de nuevo... no lo dude usted, Aguirre, ¡aquel día!

— ¿Qué?...

— Aquel día — repitió Isaac tras de un momento de silencio trágico — ¡le mato á usted!...

Ramón ASENSIO MAS

HISTORIA BREVE

Me miraste, te miré;
sonreiste, sonrei;
me citaste y acudí;
me serviste, te pagué...
y la historia acaba aquí.

Gabino PERAITA



— Los crios, ¡pel gato!

— ¡Site oyese mi hombre... Hasta en la taberna dice «¡que qué un chico, que qué un chico!» y no hace más que moler.

César Jalón y Aragón.

César Jalón es uno de nosotros, es un hombre todo corazón, artista exquisito, escritor valiente y amigo lealísimo.

Procurarle elogios sería casi una inmodestia, porque en LA HOJA DE PARRA ha colaborado sin miras egoístas y en nuestras cuitas y en nuestros triunfos lo hemos tenido siempre á nuestro lado, pronto al consejo y dispuesto en todo punto á la pelea.

César Jalón, lo aseguramos con absoluta seguridad, es de los que llegan, porque así lo disponen su talento y una fuerza de voluntad incontrastable.

Los padres de Rafael, llegados de Graus aquella mañana, asistían también á la «bo-



César Jalón

daza» de su chico. ¡Buena suerte la de «Fael», que se llevaba una mujer espléndida y una dote, más espléndida aun que la mujer!

En la iglesia, rutilante de luz y oro, se había congregado la crema de la sociedad. La familia de la novia, bien relacionada en la corte, no escatimó invitaciones, todo al contrario, se procuró los invitados posibles, en un cruel afán de subrayar la diferencia de clase que mediaba desde su

hija á Rafael. ¡¡Cómo que por cuenta de éste sólo habían ido sus pobrecitos padres!!

—«Por él y na más que por él aguanta-mos tó esto» —rezongaban los rústicos progenitores del ingeniero—; por no disgustar al chico hacemos la vista gorda á los desplantes de estos señoríticos almidonaus...

Y era que el honrado matrimonio baturo se despegaba, grotesco, del elegante conjunto, en aquella solemne ceremonia de los esponsales, á la que llevan las amistades de la novia el provocador alarde de sus sedas y pedrerías.

Señá Rafaela comertaba al oído de su cónyuge que las señoritas oían á lo que aquellas pelafustranas de Zaragoza, y le preguntaba con indiscreta ingenuidad:

—Oye, Mariano, ¿se echará también de «eso» la chica de nuestro Fael?

Mientras los aristocráticos papás de la contrayente, oficiando de padrines, recibieron á los novios y los condujeron del brazo al altar, los «auténticos padres» de «Fael» permanecían esquivos, en un rincón del atrio, guarecidos tras de dos altos reclinatorios, como si en tren de curisus impertinentes atisbasen, por su cuenta, los detalles de un acontecimiento con el que «nada tenían que ver».

—¡Los auténticos padres! —murmuraba tío Mariano—. ¡Que no es un grano de anís la tal autenticidad cuando se pone uno en frente de estos burgueses, cuya procedencia, por razón de sus costumbres, se encuentra más clara que en los libros de la parroquia, en el tejido adamascado de unos cortinones alcahuetes que adornasen una alcoba adúltera...

Finalizado el acto, el novio recibía, muy afectado, las felicitaciones de la concurrencia. Cuanto á la recién casada, prodigábase en besos lacriminosos que repartía entre sus íntimas.

A su inseparable Naná —amante de «Fael» no hacía mucho tiempo— la besó en último término. Es decir, no en último, porque la última en recibir el ósculo de gracias fué la propia señá Rafaela, aquella madre política que como las ratas esquivaba su presencia, y que en aquel momento pasó, para su mal, á ras de Flora. Se azoró, se azoró mucho la pobre vieja al contacto con la elegante; apenas si acertó á balbucir unas «muchas gracias», inoportunas. Después se limpió el beso con el revés de la mano.

A lo que aquella gente llamaba «lunch», en el pueblo de «Fael» le hubiesen dicho comilona. Si no que el «lunch» era más incómodo y menos familiar. Aquella profusión de vasos y servilletas, las altas torres de platos, los pañuelos de exótica construcción, y, más que todo, los innumerables búcaros repletos de variadas flores, desconcertaban un tanto á la pueblerina pareja, que llegado el momento no sabía, á buen seguro, por dónde empezar.

De poco sirvió á Rafael su estrategia en la colocación de puestos. La precaución de entremezclar á sus padres entre los comensales, regateándoles, en beneficio suyo el puesto de honor que les correspondía en la mesa, fué precaución inútil.

Tío Mariano observó que todos los ojos de la concurrencia estaban clavados en su mujer y en él. Y en ocasión de coger con la mano unas aceitunas, pudo apercibir algún murmullo cercano, del que «por poco si pesca algo...»

—¡Muy ridículos, muy ridículos! —debía pensar Rafael en su interior—. Muy ridículos los padres del arribista, que dos años atrás vistió pantalón de pana y blusa de mecánica, momentos antes de colocar la bomba en la calle de la Boquería...

Un convidado propuso, con la mejor intención, que se firmase en un album como detalle recordatorio del acto. En realidad, se trataba solamente de poner en evidencia la ortografía que se gastase allá por Graus.

—Bonitos garabatos los que hará, señá Rafaela! —debió imaginar, refocilandose previamente, algún mezuquino.

Y llegó el turno al grotesco matrimonio. ¡Momento trágico! Entre los comensales se produjo un movimiento de expectación. Tío Mariano, incorporándose pesadamente, estaba ya en pie. Su faja —su típica faja de seda—, que él cuidó de aflojarse para la mejor disposición de estómago, se había desenrollado de la enorme cintura, y una de sus «puntas» tiraba, tiraba de firme, enredada sin duda á la pata de alguna silla, abajo en el suelo...

El semblante de tío Mariano se tornó purpúreo... Alzó, toscamente, el amplio borde del mantel, y sonó un grito agudo, mortal...

Al levantarse aquella blanca coruna quedaron al descubierto dos muslos soberbios, acaso más blancos que el mantel; los inconfundibles muslos de Naná —la ex amante de Fael—, por los cuales exploraban, como minúsculos «boyscouts», los de-

dos del viejo don Carlos, del propio padre de Flora, la recién desposada, en cuyo «bsequio se celebraba aquella fiesta de carácter íntimo...»

«Fael» clavó en tío Mariano una mirada parricida.

Cuanto á los invitados, acostumbrados,

LA DAMA FILANTROPICA



—Tú por Madrid. ¿Pues no estabas en Barcelona?

—Sí, pero como tengo buenos sentimientos he vuelto en seguida, al enterarme que os han subido el pan á los madrileños.

acaso, á descubrimientos de esta índole, apenas si se dieron por enterados.

Al salir, caminaba cabizbajo y cariacontecido tío Mariano. Recordaba que aquel venerable señor y la distinguida señorita Naná, habianse escandalizado cuando él cogió las aceitunas con los dedos...

César JALÓN

Del libro «Vientos Rojos» que, en breve, va á poner á la venta nuestro compañero César Jalón.

Cuando se pone el sol...

Anochece

Tiene Madrid en esta hora un despertar de vida, un movimiento bullicioso y amable. La calle de Alcalá, bajo los rayos del

EN LOS JARDINES DEL RETIRO



- Chica; qué bien está esto.
- Sí, pero tiene un gran inconveniente.
- ¿Cuál?
- Que hay mucha luz.

poniente sol nos trae no sé qué sensación de grandezas urbanas. A las puertas de los cafés, ante las copas del ajeno verde ó la cerveza de topacio, miran los hombres á las garbosas hermosuras que entre el *frou-frou* insolente de sedosos trajes nos hacen la merced de su visión. Lentos,

pesados, en toda la ridiculez de su senil reuma, viejos Tenorios de grotesca faz persiguen á modistas jaraneras, Matrimonios recientes, casados de hace un mes, exhiben con un júbilo pueril sus fiamantes vestidos. Perversamente artificiales, mostrando rostros de muñecas frívolas, las burguesitas en espera de novio tienen pies de pájaros en jaula... Y por encima de todo esto, espléndido y sublime, arroja el astro diurno á borbotones los últimos reflejos de su luz.

Es un aspecto típico, una poesía particular, que presenta Madrid estos anochececes de primavera. Las mujeres, engalanadas de vaporosos tules, dan carácter al cuadro. Y otra mujer que lentamente se aproxima, en la inquietud misteriosa del crepúsculo, tiene la majestad de un símbolo.

... Ha pasado tranquila, desdeñosa, llevando en los andares de sus breves pies el secreto de un ritmo indefinible, y su cuerpo robusto de matrona aun nos deslumbra con las bellezas de su ocaso; en la mirada azul de sus serenos ojos luce el brillo de las pasiones extinguidas, y en su espléndida cabellera rubia, de reflejos dorados, se ven hilos de plata... Tiene esta mujer algo de doloroso y de poético: lleva con toda dignidad el luto de su hermosura, y en sus anhelos de juventud ha de bastarla recordar horas vividas. En toda su persona adivinamos que fué bella, que amó tal vez en días remotos, que sabe envejecer con distinción...

Los hombres vuelven á su paso la cabeza; las mujeres la miran, envidiosas; todos, emocionados, han rendido un tributo á esta hermosura en la agonía. Y ella cruza, serena, inmovible, con extraña altivez, como esas majestades destronadas que hacen un cetro de su orgullo. Tiene conciencia de su aureola vespéral, sabe que triunfa aún, y hoy, en su ocaso, pone un gesto sublime ante el morir de su belleza.

Yo admiro á estas mujeres crepusculares. Sus ojos sabios, que ya lo han visto todo y muestran el enigma de las aguas muertas, me dicen tempestades de miradas, y sus bocas, sus pobres bocas que no rien, me hacen pensar en una herida que los besos enconaron. Yo me inclino respetuoso cuando pasan, rezo un rosario sentimental á su memoria y alfombró su camino con mis más dulces madriзалas.

Pero he aquí que algo sucede. Unos jóvenes cruzan junto á la bella rubia, mur-

mirando á su oído una frase galante que la ha hecho sonreír... Y esta mujer que en la hora roja del crepúsculo tiene la majestad de un símbolo, esta mujer que en el ocaso de su vida puso un gesto sublime al comprnderse vieja, se siente joven un minuto y lanza una mirada en la que hay mucho fuego todavía, una mirada trágica con toda la elocuencia de un adiós desesperado...

Y el postrer rayo luminoso de la tarde tiene en su cabellera áureos fulgores, como la última llamarada de un incendio.

Germán G. DE LA MATA

Ante la fiera

Para Belmonte, el trágico torero, de abracadabrante sensación,

Suena el clarín potente, majestuoso, que indica al matador la hora suprema, y al toro avanza el trágico coloso á la vista de un público que trema.

Lleva en su rostro el ademán triunfante de vencer ó morir sobre la arena; le da un pase de pecho emocionante y una ovación estrepitosa suena.

Rózanle los pitones la camisa... —ha pasado la muerte ante el torero que al verla ha sonreído altivo y fiero—.

Harto ya de luchar, lento, sin prisa, hunde el estoque solo en un instante... y el toro rueda al fin agonizante.

Eladio CEPILLO

“Satiricón,,

Semanario satírico de política, literatura, arte y malas costumbres.

Precio: 10 cénts.

Lea usted el martes EL LIBRO POPULAR

Quando tengáis sospechas de haber adquirido una enfermedad secreta, usad *Asclepiol*, del Dr. Weis, más eficaz y económico que los demás medios de preservación y evitaréis que llegue á presentarse.

Frasco para 30 aplicaciones, 5,75.

Representantes: Cortes, 442.—Barcelona.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, &, viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA(S.A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

JOSE LERÍN

Encargado de la venta de *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA* en Madrid.

Abada, 22, tienda.

Reparte toda clase de periódicos y revistas

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

IMPRENTA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

Magnífica oleografía

copia exacta del hermoso cuadro de Fortuny

La Elección de Modelo

que se admira en el Museo del Prado, Tamaño 1 por 60, 1 peseta provincias;
certificado, 1,50. Dirijanse los pedidos al Sr. Hernández, Palma, 7, pral. 4.

OBRAS DE LUIS ESTESO

La novela verde, 0,50 pesetas.

Es una obra festiva llena de refina-
mientos y gracia fresca.

La reata humana, 2 pesetas.

La mejor producción de Luis Esteso.

El turbión de la risa, 1 peseta.

Contiene seis tomitos: *La vida de
Belmonte, La república del comino,
Malagueñas y cantares, Joselito y
otras.*

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro por
mi, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO ~~francos~~
ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, dirijanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LI-
BRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pes